



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 27 DE JUNIO DE 2021

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

La exaltación de la memoria

EL DESTINO DE LA JUSTICIA
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

El padre de las niñas Montero tenía un cuarto separado de la casa, que destinaba a las reuniones de su grupo político clandestino. En las paredes colgaban retratos de Marx, Mussolini, Hitler y Stalin, y en las mesas había adornos representando valores como la fraternidad, la justicia y la igualdad, pero que nadie, excepto su gente, reconocería con tales significados. De las paredes también pendían: una llave metálica que simbolizaba sabiduría y éxito, una escoba que ayudaba a expulsar el mal fuera del grupo, y un abanico de mano que representaba la inmortalidad. En la mesa central del cuarto había una madeja de hilo que figuraba la pasión política de sus amigos. Toda la luz dentro del cuarto era proveída por seis velas que representaban, cada una, la verdad, sostenidas en mástiles que descansaban sobre monedas antiguas.

Alrededor de aquella mesa, el padre de las niñas Montero y sus seguidores habían planeado un ataque con bombas molotov a los balcones de la casa presidencial. Eso lo llevó a él a la cárcel, a cumplir una sentencia de quince años. A las niñas Montero, su madre les prohibió entrar al cuarto. Ella no sabía si debía limpiarlo o dejarlo intacto, dudaba: por la posibilidad de que el proceso judicial se reanudara. La madre había sido despedida de su trabajo como capacitadora en la única empresa transnacional del pueblo, y ahora se dedicaba a limpiar casas en los barrios de clase baja.

Las niñas Montero abandonaron su antiguo colegio privado y desde la detención del padre, asistían a una escuela pública lejana. Ningún niño hablaba con ellas. Caminaban solitarias, una detrás de la otra, a la hora del recreo. Iban y venían en camión en un viaje de una hora. Las niñas Montero sabían que, a los muchachitos de la escuela, sus padres les prohibían entablar conversación con ellas por la situación familiar.

A raíz de aquello, las niñas Montero, en cuestión de seis meses, comenzaron a apreciar la soledad y el silencio, y se volvieron muy independientes, pero a la vez unidas entre ellas. Jugaban solas, en casa, mientras la madre trabajaba. No había necesidad de que alguien tuviera que recordarles hacer las tareas escolares. Ellas solas abrían sus mochilas y cuadernos, y en las escaleras que daban a la sala, frente al mueble donde alguna vez descansó una enorme televisión de plasma, antes de haber sido vendida para pagar los gastos del abogado de su padre, se sentaban a llenar planas y a responder las preguntas encargadas en sus clases.

El tiempo, para ellas, pasó con la calma y plenitud de un foco luminoso que permanece constantemente encendido, hasta los meses en que su padre sería liberado. El foco se convirtió en una vela que ardía con lentitud, pero sin riesgo de apagarse. El padre había ordenado desmontar el mobiliario de su habitación secreta, la cual había pasado a convertirse en el cuarto de estudio de las hijas.

Estando ellas a punto de entrar a la universidad, su padre volvió a casa. Las disuadió de escoger una carrera política. De cualquier manera, ellas querían ser abogadas. Ante la negativa familiar, se



decidieron por psicología y ambas se graduaron. Luego cursaron una maestría en la capital y se volvieron investigadoras en el hospital psiquiátrico más importante del país. Solo una se casó. Tuvo tres hijos.

El padre murió a los cincuenta y cinco. Con una visión política distinta a la que había mantenido de joven, pero consciente de que había sido víctima del sistema de justicia de su país, que tanto había criticado por conspirar con las élites económicas. Su procedimiento jurídico había tenido fallas que fueron pasadas por alto por los magistrados.

La madre de las niñas Montero vivió veinte años más que su marido. Al final, siempre estuvo en compañía de la hija menor soltera, quien se hacía cargo de ella. La mayor de las niñas Montero falleció poco después que la madre. Luego vino la revuelta de febrero negro en el país, y con ella un cambio en el gobierno. Se supo que el padre de las niñas Montero, al salir de la cárcel, apoyó grupos guerrilleros que inspirarían la revuelta de febrero. Desde entonces fue considerado héroe nacional y su nombre y aportaciones aparecerían en los libros de texto.

La tía Ana, la hermana menor de las Montero, en su leche de muerte alcanzó a decir una frase que sería recordada por

sus sobrinos toda la vida. Se acomodó en su almohada y logró levantarse un poco. Se retiró el respirador y miró a los tres sonriendo, para decir con una voz calurosa como la lana, la cual secó todas las lágrimas de su vida: "La justicia es una virtud que alcanza el destino de todos los hombres, vivos y muertos".

UNA CELEBRACIÓN DIFERENTE
OLGA DE LEÓN G.

La niña era curiosa por naturaleza, pero de una curiosidad que no se hacía evidente para cualquiera. Era lo suyo un asunto de educación. De la formación un tanto rígida de la época, y unos padres demasiado preocupados porque sus hijos nunca sufriesen desengaños ni discriminación.

Lily solía sentarse al borde del último escalón de la entrada lateral a su casa, en espera de que arribara el padre. Gustaba de su compañía y de platicar con él, o solo escucharlo charlar con la esposa, madre de Lily, mientras la cocinera les servía. En realidad, ella disfrutaba de algunas concesiones que no tenían sus hermanos menores, demasiado pequeños para ello... preferían quedarse por allí en la sala, jugando o dibujando.

Esa tarde, sus padres platicaban acerca de una invitación para Lily. Había acudido una de las vecinas a su casa, pidiéndoles permiso para que la niña estuviera

con ellas durante la celebración del Janucá (Hanukkah).

Ellos no sabían qué hacer. La familia era católica, bueno más la mamá; el papá había crecido en la religión cristiana, pero la universidad y su trabajo de abogado, modificaron sus criterios al respecto.

Optaron por preguntarle a la niña si le gustaría ir. Lily se sentía muy a gusto con las hijas de los vecinos. No eran de su edad, eran adolescentes de catorce y quince años, ella, apenas si contaba con siete años, pero sentía el afecto y cuidados que tenían con ella; además, las meriendas con galletitas que la invitaban, le agradaban. Así que dijo que sí; ¡aceptaba!

Por fin se llegó el día, la cita era a las cinco de la tarde. Lily salió sola de su casa —era una niña valiente, segura de sí misma—, tocó a la puerta de sus vecinas, y rostros sonrientes la recibieron, eso reforzó su estima. La presentaron con los familiares y amigos que no la conocían. Entonces fue, cuando de pronto, se vio a sí misma, como desde el candil del techo en la estancia, y se sintió pequeña.

Un cierto temor o miedo hacia lo desconocido, comenzó a apoderarse de ella. De pronto se le agolparon en su tierna cabecita, todas las historias oscuras que había escuchado de las mujeres que ayudaban a su madre con el trabajo de la casa, y algunas más que en el colegio contaban las niñas mayores en el recreo, sobre diablos y brujas.

Y todo porque escuchó un cántico extraño y presencié una ceremonia que no entendía. La niña sintió que se le erizaban los pocos vellos que tenía en sus bracitos, y que un viento helado recorría todo su cuerpo. La familia notó el miedo en su mirada trémula y se acercaron a ella para abrazarla, ella no lo permitió. Por toda reacción, la niña exclamó: ¡Quiero irme a mi casa!, con mi mamá.

La fiesta de esa tarde-noche sería motivo de conversación durante varios días en ambas casas. Y tuvieron que pasar más de veinte años, para que entendiera que todo fue un asunto de culturas diferentes y de una imaginación exuberante: la suya. De ahí nacería su gusto por la ficción, por inventar historias o mezclar la realidad con fantasías que se le ocurrirían cada vez que recordaba la invitación a celebrar el Janucá.

De aquella ocasión, en la que ahora mediana cincuenta años, los aromas, la melodía y los sentimientos quedaron cincelados en su corazón.

Así nació la escritora de los cuentos y las fábulas cuyo final siempre sería el principio del siguiente que escribiría una semana después. Por qué lo haría así, para no olvidar que no todo lo que empezamos nos pertenece solo a nosotros, a veces ni siquiera es de alguien, sino del recuerdo de una memoria, que jamás olvida dónde nacen las historias, y comprende que aquello que terminamos, habrá de quedarse temporalmente en el tintero, para que sea reescrito quizá un siglo o dos más tarde... cuando una nueva pandemia invada al mundo u otro diluvio borre del mapa los límites absurdos de un mundo que nadie acaba de conocer ni entender: el mundo de los duendes ciegos y los zorros sin colas que les pisen... según ellos.



Helen Keller

Helen Keller quedó sorda y ciega a causa de una enfermedad cuando tenía 19 meses de edad. Llegó a desarrollarse culturalmente y ser una escritora y conferenciante pública mundialmente famosa. Helen no se desanimaba fácilmente. Pronto comenzó a descubrir el mundo usando sus otros sentidos. Tocaba y olía todas las cosas que estaban alrededor de ella y sentía las manos de otras personas para «ver» lo que estaban haciendo e imitaba sus movimientos. Al no poder expresarse ni entender su frustración aumentó con la edad y su impotencia de no poder comunicarse. Se convirtió en una persona salvaje, revoltosa y muy agresiva.

Cuando tenía siete años de edad inventó 60 signos diferentes que le servían para comunicarse con su familia. Anne Sullivan venía de un ambiente muy pobre. Había perdido la visión cuando tenía cinco años y fue abandonada en una casa de escasos recursos. Tuvo la suerte de haber encontrado un lugar donde fue bien recibida, el Colegio Perkins para Ciegos en Boston. Después de varios años, y tras dos operaciones con éxito recuperó su visión. Se graduó obteniendo el título de honor. Para el director de la escuela estaba claro que Anne Sullivan era la persona adecuada para educar a Helen Keller.

El primer paso de Anne fue comunicarse con ella venciendo su agresividad con fuerza y paciencia. El siguiente paso fue enseñarle el alfabeto manual. Anne la ponía en contacto con los objetos y le deletreaba en la mano las palabras. Así comenzó a animarse y cada cosa que encontraba la agarraba y preguntaba a Anne cómo se llamaba. Así fue preparando a su alumna con nuevas palabras e ideas que necesitaba para enseñarle a hablar. Como resultado de todo este trabajo, Helen llegó a ser más civilizada y amable, y pronto aprendió a leer y escribir en Braille. También aprendió a leer de los labios de las personas tocándoles con sus dedos y sintiendo el movimiento y las vibraciones.

Anne la ayudó en varias instituciones trabajando con otros materiales y textos, enseñándole distintas lecciones y actuando como su intérprete. Ella interpretaba en las manos de Helen lo que los profesores decían en clase, y transcribía en los libros utilizando el sistema Braille.

Helen se graduó con título de honor de la Radcliffe College en 1904. Tenía un poder de concentración extraordinario, muy buena memoria y muy buenos recursos personales para mejorar. Mientras estaba en aquella escuela escribió «La Historia de Mi Vida».

En octubre de 1961 Helen sufrió el primero de una serie de accidentes cerebrales vasculares. En 1964, Helen fue galardonada con la Medalla Presidencial de la Libertad, el más alto premio para personas civiles otorgada por el presidente Lyndon Johnson. Un año más tarde fue elegida como La mujer del «Salón de la Fama» en la Feria Mundial de Nueva York.

El 1 de junio de 1968, en Arcan Ridge, Helen Keller muere mientras dormía. Su cuerpo fue cremado en Bridgeport, Connecticut y su funeral se realizó en la Catedral Nacional de Washington DC. La urna más tarde sería llevada a un lugar cerca de donde descansaban los restos de Anne Sullivan y Polly Thomson.

Elmer Mendoza

Páradais, una novela de Fernando Melchor

Fernanda Melchor cuenta historias de nacidos para perder. Personajes que sólo se interesan por dos o tres cosas y podrían dejar que el mundo rodara tranquilamente, pero no; con pasmosa disposición se embarcan en operaciones que terminan por hundirlos en un fango apesadado y movido del que les será imposible escapar. Tal es la historia de Polo y Franco Andrade, las figuras principales de Páradais, novela publicada por Penguin Random House, en México, en febrero de 2021. El primero es el jardinero en ese hermoso fraccionamiento de cinco estrellas, y el segundo vive allí con sus abuelos. Ambos son unos pobres diablos expulsados de la escuela, pero Franco pertenece a una familia rica. La novela cuenta cómo coinciden y lo que pasa con este par de jóvenes que los convierte en cadáveres de sí mismos.

Fernanda Melchor, nacida en Veracruz, México, en 1982, es una de las novelistas más talentosas de su generación. Ha desarrollado un estilo duro, continuo, rebosante, que no da tregua al lector exigente. Es dueña de una voz sól-

ida y resuelta. Imperativa. Ese poder surge del territorio lingüístico que maneja en el que es una experta. Pero no es sólo su conocimiento profundo del código lingüístico de los de hasta abajo lo que define su personalidad narrativa, sino el control del ritmo narrativo donde consigue ficcionalizar con un alto grado de perfección, una historia tremenda. Hay un decidido virtuosismo en su manera de narrar que atrapa desde el principio. Un factor que a la mayoría de los lectores nos agrada. Digamos que apreciamos una novela que nos mantiene con el alma en vilo y que cuesta no leer de corrido. Desde luego que hay otros personajes que también están perfectamente perfilados: la mamá de Polo, Zorayda, Milton, el abuelo, Marián, el señor Maroño y sus pequeños hijos, los abuelos y el papá de Franco, Urquiza y la Condesa Sangrienta. El lindo fraccionamiento Páradais está ubicado en una zona tropical, a la orilla de un río, muy cerca del mar y Polo es el encargado de mantenerlo impecable.

Franco es gordo fofo y blanco, con la



cara llena de espinillas, Polo es flaco y moreno. Su afición al alcohol hace que se encuentren con frecuencia en un muelle instalado en el río. Beben de noche. A escondidas. El gordo platica sobre sus apetitos sexuales insaciables y Polo lo escucha un poco fastidiado. Por esos días llegan a vivir los Maroño y Franco se prenda de la señora Marián, que proyecta el atractivo de las mujeres maduras que cuidan su figura 24 horas. Perfecta por delante y por detrás. Entonces las elucubraciones del gordo tienen una protagonista. Mientras beben hasta embriagarse, cuenta las maneras en que podría estar con ella en una cama. Polo piensa que está desahogado pero no se lo dice;

Claro, el gordo paga las botellas con que se entretienen en ese lugar, al lado de la mansión de la Condesa Sangrienta, un sitio al que el jardinero tiene cuidado de no acercarse demasiado. Franco planea cómo satisfacer sus deseos con Marián e involucra a Polo, cuyo único deseo es trabajar con "aquellos", el violento grupo al que sirve su primo Milton y así dejar ese oficio tan duro y la casa de su madre donde le resulta imposible vivir. Lo que ocurre después de que se ponen de acuerdo, es esa clase de asunto que a usted le gusta descubrir y ni la autora se atrevería a privarlo de esa satisfacción. Páradais es una novela que sacude, que llega al hueso. Ya me contarán su experiencia.

ad pédem litterae

La gente tiene que aprender a odiar, y si ellos pueden aprender a odiar, también se les puede enseñar a amar

Nelson Mandela

Letras de buen humor

La experiencia es una buena escuela, pero la matrícula es muy cara.

Heinrich Heine